

EL DEPARTAMENTO DE MATEMÁTICAS DEL INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS: *UN RELATO PERSONAL*

Stefanía Marcantognini¹

RESUMEN

El recuerdo escribe la historia de mi experiencia como investigadora en el Departamento de Matemática del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas.

Este relato comienza el 1 de septiembre de 1997. Fue el día que ocupé la última oficina disponible en el edificio de dos plantas que, en aquel entonces, compartían el Departamento de Matemáticas y la Unidad de Dibujo. Algunos meses antes, el departamento se había despedido de Adolfo Quiroz, quien había regresado a la Universidad Simón Bolívar después de una breve experiencia como investigador contratado en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas.

Eran once oficinas habilitadas: cuatro en planta baja, de las cuales una estaba asignada a los estudiantes, y siete en el primer piso. Éramos diez investigadores: Carlos Di Prisco, Carenne Ludeña, Rafael Sánchez, Joaquín Ortega, Stella Brassesco, Miguel Méndez, Alfredo Octavio, Alejandra Cabaña, Leonardo Mora y yo. Al año siguiente los estudiantes serían reubicados y en la oficina que desocupaban pasaría a instalarse Carlos Durán. Con su llegada al departamento, subía a once el número de investigadores adscritos a Matemáticas.

Creo recordar que Rafael Sánchez era el jefe y Carlos Di Prisco, el subjefe, pero esa jerarquía desaparecía cuando Luis Báez Duarte llegaba al departamento. Los viernes, desde el momento que cruzaba la puerta de vidrio del edificio, Báez Duarte se imponía, más por su avasalladora personalidad que por su credencial de fundador del departamento. Desde mi primera experiencia en el instituto, como estudiante en un taller que organizaron Carlos Di Prisco, Joaquín Ortega y Gerardo Mendoza en el año 1982, el departamento -que está ubicado en el punto más alto de todos los Altos de Pipe- se había convertido en el olimpo matemático de mi imaginario. De ese cielo olímpico-matemático el *Zeus pater*, padre fundador y dios

del trueno, no podía ser otro que Báez Duarte. Hoy, después de más de veinte años, el recuerdo me carga de nostalgias y celebro haberlo conocido.

Lo conocí un par de años antes de mi ingreso, cuando estuve asociada al departamento en la categoría de colaborador visitante, la misma que tenía él a su regreso al instituto después de más de quince años entregados a la gestión de grandes empresas del Estado. Desde que empezamos a tratarnos, pertencí al segundo de los dos grupos en los que dividía a su entorno: los “inteligentísimos” y los “otros”. Con quienes estaban en el primer grupo tenía conversaciones apasionantes y apasionadas sobre los temas matemáticos que ocupaban su interés, *in primis*, la Hipótesis de Riemann. Con el resto hablaba solo de política, actualidad y frivolidades.

Cuando llegué al departamento, en su cuerpo de investigadores estaban mi compañero de vida de aquel entonces, Alfredo Octavio, y dos amigos entrañables, Alejandra Cabaña y Miguel Méndez. Alfredo se había incorporado al plantel de investigadores en 1991, inmediatamente después de su llegada de Estados Unidos. Recién doctorado en la Universidad de Michigan bajo la dirección de Carl Percy, ingresó como postdoctorante en el mismo programa que tan solo dos años antes había beneficiado a Stella Brassesco. Alejandra llegó al departamento para estrenar el año 1997, al igual que Carenne Ludeña. Miguel se había incorporado junto con Leonardo Mora en 1994, poco después de que ambos fueran distinguidos con el premio Lorenzo Mendoza Fleury de la Fundación Empresas Polar.

1. Instituto Argentino de Matemática “Alberto P. Calderón”, Saavedra 15, Piso 3, (1083) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, y Universidad Nacional de General Sarmiento. Instituto de Ciencias, Juan María Gutiérrez, (1613) Los Polvorines, Pcia. de Buenos Aires, Argentina. E-mail: smarcantognini@ungs.edu.ar

La belleza del paisaje, el clima de montaña y la exuberante vegetación boscosa hacían el encanto del lugar, pero era el grupo de aquel entonces el que creaba el ambiente distendido que hacía del departamento el sitio ideal para trabajar. Las condiciones, además, eran inmejorables. En aquellos años, finales de los 90, el departamento contaba con una partida presupuestaria anual para la adquisición de equipos, la cual usaba a discreción de acuerdo con las necesidades tanto colectivas como individuales. El departamento había recurrido a ella para procurarse, de forma progresiva pero constante, estaciones de trabajo, computadoras, impresoras, fotocopadoras. En cuanto llegué al instituto, echó mano de lo que quedaba y compró una computadora de escritorio para mi uso personal. Cada uno de nosotros disponía de una partida para viajes cuyo monto por año daba con holgura para un viaje a Europa o Norteamérica y otro viaje a un destino nacional. También podíamos valernos de una partida *ad hoc* para recibir invitados y contábamos con las residencias del instituto para hospedarlos. Podíamos comprar libros que guardaran algún interés con nuestros proyectos de investigación, para ello cada quien disponía de un monto anual fijo. El acuerdo bajo el cual comprábamos los libros nos permitía consultarlos todo el tiempo que estimásemos necesario, pero cada libro debía pasar a formar parte de la colección de la Biblioteca Marcel Roche. Si en mi figuración imaginaria el departamento era el olimpo de las matemáticas, la biblioteca, ¡qué duda cabe!, era el templo de la ciencia, una suerte de Sagrada Familia en construcción perpetua dedicada a la razón y el saber. De la biblioteca todo me parecía extraordinario: el edificio de cuatro pisos donde funciona, el majestuoso panorama de cerros y colinas de los Altos Mirandinos al que se asoma, su posición privilegiada en el paisaje urbano del instituto, sus salas abiertas que encierran aromas de papel y tinta, su mobiliario de diseño escandinavo, sus alfombras, las obras de arte que custodia, su imponente colección de publicaciones periódicas en ciencias exactas y naturales, antropología, sociología, historia de la ciencia y áreas afines, su cuidada colección de libros, el personal de cara al público y el que hacía funcionar todos los engranajes desde sus entrañas.

Salí de Venezuela el 20 de mayo de 2016 y no he vuelto desde entonces. Ya antes del exilio que me he impuesto, la biblioteca había dejado de renovar sus publicaciones periódicas, tanto en formato impreso como electrónico, quedándose anclada en su glorioso pasado, el que hiciera que la UNESCO la designase Biblioteca Regional de Ciencia y Tecnología para América Latina y el Caribe. Esa es la biblioteca que quiero guardar en el recuerdo. Si algún día vuelvo a pisar sus instalaciones, “me detendré a llorar por los ausentes”. Entre tantos, por Baudilio Quiroz, con quien compartí complicidades. El que me

saludaba con el regalo de una gran sonrisa si estaba al frente para recibirme, me llamaba a la oficina para recordarme el vencimiento del préstamo de algún libro o para avisarme que ya estaba listo el material que había solicitado. El que fue mi amigo. Como tantos en este éxodo que hemos dado en llamar la diáspora venezolana, Baudilio dejó Venezuela. Se fue a Ecuador y allí el COVID-19 lo sorprendió y le dio muerte.

En el departamento la lista de las salidas sin retorno la encabeza Vidya Dial. Ella, que por largos años se había ocupado del día a día del departamento, desde atender llamadas hasta administrar su presupuesto, fue la primera en abandonar el país. Pero antes de que Vidya anticipara su jubilación y se marchase de Venezuela para radicarse en los Estados Unidos, se habían ido Alfredo Octavio y Rafael Sánchez. Alfredo se dedicó a actividades relacionadas con el comercio electrónico y el desarrollo de software y aplicaciones móviles adaptados a los procesos de gestión comercial, bancaria y financiera. Rafael se trasladó a la Universidad Central de Venezuela. Al día de hoy, Alfredo vive en los Estados Unidos y Rafael en Colombia, pero, después de salir del instituto, ambos siguieron en Venezuela por algunos años. Leonardo Mora, por su lado, obtuvo una licencia del instituto para trasladarse a Mérida y ocupar un cargo en la Universidad de los Andes. Al concluirse el permiso, comunicó su renuncia a su puesto en el departamento y se quedó en Mérida. El departamento perdió así a tres miembros con fuerte presencia.

Rafael era el promotor de nuestros almuerzos de los viernes. Por lo general eran dos los lugares elegidos, en uno era muy bueno el plátano mirandino, plato del centro norte del país, y, en el otro, el pisillo, quizá la más humilde de las recetas de nuestros llanos. Me animo a creer que fue durante esos almuerzos “autóctonos” que Rafael consiguió que todos nos comprometiéramos, de una u otra forma, a participar en tareas relacionadas con las olimpiadas matemáticas. A lo largo de los años y hasta el presente, han sido la organización y el desarrollo de competencias matemáticas y el fomento de la enseñanza de las matemáticas las actividades a las que Rafael ha dedicado sus mayores esfuerzos. Esfuerzos que las actuaciones de nuestros equipos han recompensado y que la World Federation of National Mathematics Competitions le ha reconocido al otorgarle en el año 2010 el Premio Paul Erdős.

Alfredo formó parte del *petit comité* encargado de la Red, la conexión de fibra que provee el servicio de internet al instituto, y ello terminó por costarle la etiqueta de “gurú computacional”. Él y Leonardo eran, en el departamento, los encargados de resolver los problemas que se presentaban con los equipos. Alfredo, en realidad, tuvo siempre una participación muy activa en la vida institucional del IVIC y también Leonardo, aunque en menor medida.

Fuimos once y quedamos ocho. Cuando fuimos once, fuimos muchos, porque también teníamos varios estudiantes en los programas de maestría y doctorado y, en las distintas categorías que ofrece el Centro de Estudios Avanzados, acogíamos visitantes que venían del extranjero para participar en los proyectos que adelantábamos y, así mismo, recibíamos colaboradores de instituciones nacionales que realizaban actividades de investigación en el departamento. Cuando quedamos ocho, no lo fuimos por mucho, porque al poco tiempo llegaron Rafael Díaz y Rafael Rosales. Y entonces fuimos diez.

Con Rosales, el departamento hizo una apuesta interesante, pues es biólogo de formación, egresado de la Universidad Central de Venezuela, con un doctorado en Estadística de la Universidad de Cambridge. Como también Díaz ingresó al departamento en calidad de postdoctorante. Lamentablemente su estancia en el instituto duró muy poco. Por presiones de la familia, dejó Venezuela y se trasladó a Brasil. Si Díaz se mostraba introvertido, diría que hasta triste y contrariado, Rosales, por el contrario, tenía el don de la sonrisa espontánea. Con él, como con Carlos Durán, me detenía siempre a charlar, así fuese tan solamente unos pocos minutos, y lo hacía porque “me alegraban el día”. También la experiencia de Díaz en el departamento terminó siendo breve. Y fue así que a la vuelta de unos pocos años dejamos de ser diez.

Mi ingreso al departamento coincidió con el inicio del primero de los dos períodos de la gestión del Dr. Egidio Romano al frente de la dirección del instituto. En su segundo período en la conducción del instituto, a Alejandra Cabaña y a Carlos Durán les denegaron sus solicitudes de promoción. Fue en aquellos años tumultuosos que el presidente Chávez inició la destrucción de las instituciones democráticas venezolanas, el cepto a la prensa, el acoso a la oposición, el botín de las expropiaciones, la incitación a la violencia. Es posible que esas circunstancias hayan empujado a Alejandra y Carlos a buscar mejores condiciones de vida fuera de Venezuela, pero es innegable que ambos sintieron el golpe de no haber conseguido los ascensos a los que aspiraban. Si las evaluaciones de su labor de investigación hubiesen sido realizadas con los mismos criterios comúnmente usados para calificar la investigación matemática, no tengo dudas de que ambos hubiesen sido ascendidos. En aquellos años encontramos en el instituto, en particular, en las instancias de dirección, mucho de incompreensión hacia nuestro trabajo y ello quedó patente en las decisiones de desestimar las solicitudes de promoción de Alejandra y Carlos.

Fueron años muy duros, pero el recuerdo los tiñe de añoranza. La que me lleva de vuelta al lugar donde transcurrió mi cotidianidad y junto a las amistades que me concedió. Con Joaquín Ortega empezamos a acompañarnos durante los

almuerzos en el comedor, siempre almorzábamos juntos y, al terminar, esperábamos a Carlos Di Prisco y Stella Brassesco para la dosis de cafeína de la sobremesa. Ellos, por lo general, compartían un almuerzo frugal en el departamento y después se reunían con Joaquín y conmigo. Hablábamos un poco de esto, un poco de aquello, también de matemática, pero, más que nada, del departamento. Joaquín tiene una serenidad que confunde, debajo de la “calma chicha” de sus maneras, se sacuden olas de una energía inagotable. Joaquín fue el primero en todo el instituto en llevar a cabo proyectos de investigación financiados por la estatal petrolera y para la propia industria petrolera. Más tarde participó en distintos proyectos de la Agenda Petróleo, el programa puesto en marcha por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas para la vinculación de las instituciones académicas con la principal industria del país. Fue el motor de la creación de la maestría en Modelos Aleatorios, el exitoso programa de postgrado que administrábamos conjuntamente con la Escuela de Matemáticas de la Universidad Central de Venezuela para formar recursos humanos capacitados en el uso de métodos de estadística en la solución de problemas de otras disciplinas. Cuando Joaquín se trasladó a México para ocupar un cargo en la sede de Guanajuato del CIMAT, el principal centro de investigación matemática de ese país, fue un fuerte golpe para todos.

Confundo los antes y los después, y no recuerdo bien cuándo llegó José Gregorio Mijares (Goyo) al departamento. Sé que su incorporación al departamento fue un acierto. Con Goyo el departamento incluía a un matemático joven con enorme potencial cuyos intereses de investigación estaban en línea con los de Carlos Di Prisco, el director de su tesis doctoral. Goyo, el postdoctorante, el músico, el rastafari. Goyo, el amigo. Después de él llegaría Arnaud Meyroneinc, quien tiene un doctorado en Física Matemática y venía de ocupar una posición postdoctoral en el Centrum voor Wiskunde en Informatica, Ámsterdam. Del grupo que me acogió cuando inicié labores en el instituto quedaban Carlos Di Prisco, Stella Brassesco, Miguel Méndez y Carenne Ludeña.

Carlos Di Prisco es una figura prominente en la comunidad matemática venezolana, y por su trayectoria académica y por su liderazgo. Me complace tenerlo entre mis afectos más preciados y quiero creer que, en buena medida, soy correspondida. Entre las actividades académico-administrativas en las que Carlos se ha desempeñado brillantemente está la Escuela Venezolana de Matemáticas. La escuela se mantuvo desde 1988 como un programa conjunto de los postgrados en matemáticas, entre ellos nuestros postgrados del Centro de Estudios Avanzados. El comité científico está formado por los coordinadores de los postgrados en matemáticas y cuenta con un coordinador

general que preside el comité. Carlos fue el coordinador general hasta que le pasó el testigo a Stella Brassesco. El instituto, antes con Carlos y luego con Stella, prestó apoyo tanto logístico como financiero. Stella ejerció su rol estupendamente y, en la tarea, contó con la ayuda invaluable de Aura Rojas, nuestra administradora. Aura fue, de largo, la mejor administradora que tuvo el departamento. Además, y por encima de todo, es una mujer de gran calidad humana. Fue muy querida por todos, especialmente por los estudiantes.

José Gregorio Mijares se fue primero a Colombia y luego a Estados Unidos. Carenne Ludeña no recibió respaldo de la Dirección del instituto para la creación de una empresa de consultoría estadística y análisis de datos. El modelo de empresa propuesto por Carenne tenía precedentes tanto en el instituto como en otras instituciones académicas, en particular en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela. Aquí recibió el patrocinio que le negó el instituto y fue así que también Carenne dejó el departamento para ocupar un

cargo de planta en la Escuela de Matemáticas de la UCV. Sin embargo, el proceso de destrucción de las universidades puesto en marcha por el presidente Chávez había empezado a llevarlas a la agonía con la que se resisten a morir. Carenne no pudo salvar de la ruina el plan de la empresa. Se fue a Colombia y Miguel Méndez con ella. Carlos Di Prisco ya se había ido.

Escribí mi carta de renuncia el 10 de diciembre de 2018. Fue doloroso.

En el instituto transcurrieron los mejores años de mi vida profesional, los más productivos. En el instituto participé en actividades gremiales como miembro de la directiva de AsoInIVIC y en actividades de gestión académica como miembro del Comité de Bioética, la Comisión Clasificadora y la Comisión de Estudios del Centro de Estudios Avanzados. Ocupé los cargos de subjefe y jefe del departamento. “Fui feliz ... y lo sabía”.

Buenos Aires, 31 de agosto de 2021